

del leproso. Y aún así, Orestes, vivir es hermoso y magnífico; aún así; ¡aunque duela!

Orestes: El mar, los peces. . .

Mayrá: Sí, el mar; sus nidos de barro en donde puede esconderse el cuerpo; una cámara oliva, donde todo es oscuro; donde no hay viento, ni huele en agosto el aire a poleo. . . Pero allí da lo mismo luchar que pasar de largo; todo es indiferente. Vamos, Orestes, yo sé respirar en la tierra; me gusta morder la carne de las manzanas; me gusta mirarle la cara al sol y sentir las espigas cosidas a mi espalda. Pero tal vez aprenda a respirar bajo el agua; quizá puedas enseñármelo tú; quizá yo sepa hacerlo ya. ¡Vamos, Orestes, al mar! ¡Vamos a los corales negros! ¡Quizá juntos aprendamos a ser peces!

Orestes: El mar. . . *(Mayrá lo toma del brazo y lo obliga a correr con ella. Salen).*

Coro de las Erinias: El mar, Orestes, el mar, el mar.

(Las Erinias van retrocediendo lentamente, siempre repitiendo mar. . . mar. . . en voz cada vez más baja, hasta que el murmullo semeja un lejano golpe de ola).

ANTONIO RODA

BARCELONA, TRECE DE OCTUBRE

En la habitación ha empezado a sonar el teléfono. Cinco muchachos levantan la cabeza y escuchan. La puerta de un mueble se abre y cierra a golpes. Encima del mueble hay un gran tapiz y en él se puede distinguir un niño vestido de marinero que mira elevarse un globo. Sobre el mueble todavía está intacto un florero de porcelana, en forma de mano, que contiene un ramo de flores de tela. El teléfono sigue sonando. Los muchachos han bajado la cabeza y prosiguen su trabajo. El teléfono cesa de sonar. Un muchacho de suéter gris vuelve a levantar la cabeza y mira el niño que mira elevarse el globo en una tarde de verano. Hay un olor penetrante de mandarina.

—¿Quiere una? —me dijo Enrique.

—No, tengo las manos muy sucias.

El globo se eleva hasta ser un punto oscuro en el cielo iluminado. El niño ha dejado de observar el globo y entra al comedor. Ha abierto el libro de gramática bajo la lámpara. Son las nueve de la noche. Las sirenas anuncian la presencia de aviones cerca de la ciudad. El niño cierra la gramática y levanta los ojos. El techo se abre por la mitad.

—¿Quieres una mandarina?

Alguien ha compuesto un número en su teléfono. En una habitación de un tercer piso suena un timbre y cinco muchachos levantan la cabeza. La bomba abre el techo por su exacta mitad y sigue su camino. No ha quedado más que el mueble con el florero y encima el tapiz en el que un niño de marinero mira hacia arriba.

La tarde de verano es amarilla. Huele a mandarina. Estamos jugando con barro, hacemos un zoológico bajo la gran morera que hay ante el comedor, Pepe se enfada conmigo y de una patada desbarata casi todas las figuras.

—Las cosas no van a seguir así —dice su padre—, estamos preparados. No vamos a permitir que esta gentuza nos sigan mandando.

Huele a mandarina. Sobre la gran mesa del comedor hay un derroche de blancos brillantes. Los cristales de las copas reflejan el cielo de verano y tras la ventana la morera es un vitral de verdes tiernos. Desde la gran ventana abierta las palabras caen sobre nosotros.

El primer cadáver que encontraron fue el de una vieja envuelta en un colchón. Nos detuvimos, con las canastas en la mano, como una guardia de honor, hasta el camión en que la echaron, siempre dentro de su colchón en que la echaron, de tela blanca con listas rojas y azules.

Pasábamos canastas de escombros, formando una cadena entre los que cavaban y el camión. Las canastas aparecían ante mí y yo las transportaba hasta el siguiente de la fila. Eso era todo. Una canasta, otra y luego otra. No las devolvíamos. A veces pensaba: piedras y piedras, como si la casa hubiera estado deshabitada. Cuando me agarraron del brazo y subí al camión, vi como ellos y sus canastas y todo aquello era como un grabado del Piranesi.

Son las nueve de la noche. Un tranvía se detiene. Los pasajeros bajan atropelladamente y atraviesan la calle. Algunos miran hacia arriba. Bajo los árboles de la acera se ve mal el cielo y los enormes dedos de luz que lo rastrean. En el zaguán oscuro los acogen los chillidos que se van apagando de la gente que baja al sótano. Una mujer con un niño en los brazos corre por la acera y entra al portal. La bomba ha tocado el piso de la azotea y una enorme grieta empieza a abrirse.

Era el trece de octubre. Lo recuerdo porque había llegado tarde al Instituto y entregado al señor Cantero la excusa de mi padre. El profesor leyó a media voz: Le ruego disculpe el retraso de mi hijo Luis María, que es debido a un luto familiar. Tengo trente a mí toda la clase. Es una aula construída en forma de anfiteatro. Enrique me mira fijamente. En el recreo le contaré que mi padre nos ha tenido dos horas rezando, arrodillados, por el alma del primo Antonio.

—Imagínate, nos despertó a las siete y nos echó un sermón sobre los rojos y nos dijo que el primo Antonio era un militar de gran porvenir.

—¿Tu padre os hace rezar muy a menudo?

—Los domingos nos reúne a todos en su cuarto, Clara lee la misa y tenemos que hacer todos los movimientos como si estuviéramos en la iglesia.

—Pero tú sabes que eso no es misa ni es nada.

—¡Y a él qué le importa! Lo que quiere es que no nos olvidemos de rezar.

—Yo creo que lo que quiere es acostumbraros a una rutina.

—Lo que quiere es joder.

Esa mañana no salimos a recreo. La señorita Vila dijo que quería hablarnos.

El patio tiene una fuente de piedra en el centro y frente a los tres muros del edificio, tres hileras de tilos. Cerrando el rectángulo hay unos bancos de piedra sin espaldar y tras ellos un seto de pino. Más allá el terreno desciende en forma de barranco hasta un sendero plano que se va ensanchando y acaba en un campo de fútbol. En este barranco crecen unos álamos. La alameda es nuestro lugar de juegos favorito.

Cinco muchachos pasean por entre los álamos. Van con la señorita Vila. El resto de la clase se ha negado. Los cinco están muy excitados, la guerra los había olvidado, por fin están en ella. Uno de ellos lleva un suéter rojo cereza demasiado estrecho y corto. Otro, bajito, con gafas, va vestido de azul oscuro, con chaqueta y pantalón largo. Menos este, todos llevan pantalones de los llamados de golf, que les llegan cerca de los tobillos.

—Para qué diablos vas a ir.

—Porque me da la gana.

—Y tu padre, ¿qué va a decir?

—No se enterará.

—¿Y si se entera?

—Te digo que no se va a enterar.

—Caray, tú ayudando a los rojos.

—No seas bobo.

—La señorita Vila es roja, por eso nos manda allí.

—Es que es necesario ir a ayudar. Si no se quitan rápidamente los escombros, los que están en el sótano se ahogarán.

—Para eso están las brigadas de salvamento.

—Tú sabes que no son suficientes, que hay que actuar aprisa.



—Oye, si en el sótano no estuviera la costurera de la señorita Vila, ¿tú crees que os habría pedido esto?

Sí, Pepe estaría apoyado en la pared a la salida del Instituto con el negro y lacio pelo caído sobre los ojos y me diría esas cosas.

Pepe está apoyado en la pared de la calle, a la salida del Instituto. El pelo, negro y lacio, le cae sobre la frente. Al verme, escupe algo y se me acerca. Pepe siempre camina con la cabeza gacha y algo inclinado a la derecha. Atraviesa la calle, sonriente, y me mira fijo con sus ojos amarillos. Del bolsillo trasero del pantalón saca un librito y me lo tiende. Lo meto rápidamente en la cartera. En la portada, con colores brillantes, una mujer gorda en combinación mira por la cerradura de una puerta.

Un amarillo casi blanco. Un blanco casi rojo. Si entorno los párpados todo es rojo. Me acerco a la orilla y hundo los pies en el agua fría. Alrededor de los pies el agua es verde, es un verde casi azul, es un azul que puede ser morado. Levanto la cabeza y miro al sol, cuando ya no resisto más miro hacia el agua que se llena de puntos negros. Me agacho y cojo arena mojada; la dejo escurrir sobre el agua. Queda plana en el fondo sin formar un montículo. Lanzo una piedra casi redonda, plana y negra con todas mis fuerzas en un tiro que procuro que sea lo más rasante posible. Rebota dos veces y salpica de verde el enorme sol que está cayendo al mar.

En la orilla, un niño vestido de marinero, con los pies en el agua, mira elevarse un globo. El niño abre la boca y respira hondamente. Luego, agita los brazos y echa a correr por la orilla.

El camión salió fuera de la ciudad. Paró en un descampado, cerrado, como una ancha avenida, por dos fábricas. Nos dieron unas palas y empezamos a descargar. Eran ladrillo, tierra, astillas y pedazos grandes de revoque con papel pegado, pedazos de papel con flores pintadas de las que apenas se distinguía el color. De entre el polvo salieron unos muchachos, unos niños que recogían todo lo utilizable que caía. ¡Cuidado!, gritábamos, os vamos a partir la crisma. A cada paletada les gritábamos cada vez más exasperados, pero ellos parecían sordos e insensibles y seguían dando brinquitos bajo la lluvia de ladrillo roto y pedazos de piedra. Poco a poco fuimos quedando callados y trabajando con más rapidez para acabar de vaciar el camión. Cuando nos fuimos, llegaron unas mujeres y empezaron a rebuscar entre los escombros.

Estamos en clase de historia. Ramsés II ha dejado grandes monumentos. Típica pasión por el monumental en los dictadores. Grandes realizaciones que deslumbren. Felipe Segundo, Napoleón. Lo que queda y lo que no queda. Cerca de la ventana se para un mirlo en una rama negra, casi junto al vidrio. Hace rato ha empezado a llover

y la luz que ha perdido intensidad es ahora como un reflejo verde que entra por la ventana y nos baña a todos como si fuese material. Es una luz húmeda. En la pizarra el profesor empieza a dibujar un complicado esquema en el que las flechas azules indican el empuje de Roma a través del Mediterráneo. De repente, noto que al otro lado del vidrio la naturaleza se ha transfigurado. El viento sacude los árboles y rachas de lluvia azotan las ventanas. El mirlo, quieto, bien fijo en su rama, se balancea tranquilamente, parece escuchar una música ignorada. Escribo:

Tan verde, mirlo, tu corazón esta mañana.

La mañana está llena de corrupción, larvada. Piedras, sangre, muertos, Roma, Egipto. *Delenda est Cartago*. Delante. Pepe escribe con aplicación. Enrique, a mi lado, copia el gráfico. Cartago. No quedó nada. ¿Cuántas personas caben en un edificio? ¿Cuántos pueden morir por una bomba? Somos veintisiete. Si cayera una bomba habría veintiocho muertos, contando al señor Llorens, profesor de historia. Llegan cables conmovidos a todas las capitales del mundo. Y las fotos, nosotros en fila, en el suelo, con las bocas abiertas, polvorientos, algún pie sin zapato, algún cuerpo sin cabeza. *Nuevo crimen de los aviones franquistas. Pilotos nazis bombardean escuela en España, veintiocho muertos. Trágico error de las tropas nacionales en Barcelona, once muertos*. Releo el verso. Tan parecido a otros escritos durante mucho tiempo en clase. Ahora, a este, no le puedo añadir nada. Hay algo, un sentido en las cosas que ha cambiado. Ahora tengo otros compañeros. Estaban debajo de unas piedras y los fueron sacando: la mujer de las medias negras con su bebé descabezado, la vieja escondida en su colchón, los dos hombres, tan limpios como si no se les hubiese caído un edificio encima. Y los ahogados en el sótano que al caer la tarde dejaron de hacer señales.

El zaguán es ancho. A unos seis metros de la entrada comienza a subir la escalera. Una escalera de mármol blanco. A partir del primer piso se angosta y los escalones son de piedra gris. Están gastados y parecen hechos de un material mucho más blando. La escalera da vueltas en torno a un paralelepípedo vacío por el que sube a veces un ascensor, delicada caja de caoba, que asciende por entre complicadas rejas de hierro. La escalera termina, tras haberse detenido en seis pisos, en una puerta de madera sencilla, hecha de tablas sin pulir y pintadas de azul. Detrás de esta puerta, la azotea se abre al cielo. Desde las montañas hasta el mar, un gloria barroca se dispersa, se descompone, se detiene aquí para formar una alta torre o se aplasta por allá simulando una gran bandada de pájaros migratorios. A veces, aparecen sobre el horizonte largas estrías rojas. Empieza a soplar una brisa helada. A la izquierda de la escalera el zaguán termina en una puerta cuya mitad superior está formada por pequeños vidrios rectangulares. Del lado interior de la

puerta, un visillo blanco impide la vista de la portería. Este visillo, de trama amplia, permite ver desde el interior lo que ocurre en el zaguán. En verano, a las nueve de la noche, la portera está sentada en el portal, en una silla baja. En octubre, a las nueve de la noche, escucha las noticias de la radio. Si hay alarma aérea, apaga la radio, coge un banquito plegable, cierra la portería con llave, y baja, la primera, al sótano.

Salté del camión. Enrique me llamó y señaló lo que debía haber sido el zaguán de aquel edificio. Debajo de una enorme losa había un cuerpo. Asomaban unas piernas envueltas en medias negras, un pie estaba calzado con un zapato negro, un viejo zapato de tacón bajo. El otro lo llevaban en ese momento en una canasta. Parecía una corona o un pájaro muerto. A un lado de la losa, un envoltorio de lana, un mantón de bebé. Entre seis levantaron algo la piedra para poder sacar el paquetito. Del rollo de lana sobresalía algo informe, gris, rojo como una pelota de caucho que se hubiese quemado.

Esa losa debía cerrar una bóveda, ¿o tal vez era de las escaleras? La mujer corre, lleva el niño bien agarrado, lo protege. Lo que ocurra debe llegar de arriba. La mujer duda un instante; a la derecha una puerta abierta, una figura acaba de desaparecer por allí, una persona despavorida que baja una escalera. Hacia abajo, hacia el refugio. El peligro viene de arriba. La mujer se detiene. Una losa se desprende. La losa va a caer y la mujer está quieta. Todo está intacto todavía, los muros, la escalera que se ofrece hacia arriba, la que debe estar tras la puerta y lleva abajo. Todo está quieto. El estruendo aún no tiene sentido. La losa está cayendo. Una losa que cae sobre una mujer vestida de negro que protege un bebé.

Debían ser las ocho. Miré el reloj. Papá está abriendo la verja, atravesará el jardín. Con la llave abre la puerta. Mamá le dice algo. El va a su despacho, rendido, malhumorado. Tal vez abra una carta. Sentado en su sillón mira al frente. A la biblioteca de madera negra. Al papel de las paredes, oscuro y con flores desteñidas. Al viejo diploma. A todo lo que le rodea. No ve a la mujer aplastada. Si llego tarde me va a reñir. No puedo llegar tarde a casa.

Enrique me pasó la canasta y dijo:

—¿Quieres una mandarina?

Enrique me dice:

—¿Quieres una mandarina?

Echamos las pieles por encima de la tapia. Al otro lado unos muchachos juegan al fútbol. La piel de la mandarina está adherida a los gajos por un encaje. Los gajos son blancos, como bolsas de seda, y están llenos de líquido dulce. Estamos tumbados en el suelo.

El sol se mantiene sobre nosotros y sobre los que juegan al otro lado de la tapia. Intento aguantar la mirada fija en el sol. Le pregunto a Enrique:

—¿Por qué dices que yo no puedo ser fachista?

Enrique habla hacia el cielo:

—Porque no puedes serlo.

Me encontré con Pepe al desembocar en la calle del Instituto.

—¿Fuiste?

—¿Yo? ¿Adónde?

—No te hagas el bobo; a desenterrar muertos.

—No, no fui. ¿Para qué iba a ir?

Era una habitación pequeña, de paredes empapeladas con un papel oscuro de flores algo desteñidas. En el centro, una mesa con cinco tazas de café. Sobre un mueble, un extraño florero de porcelana en forma de mano, en el florero hay un ramo de flores de trapo. Encima, una enorme fotografía de Enrique vestido de marinero. Enrique entra, se ha lavado y el pelo le gotea. Nosotros, polvorientos, estamos sentados alrededor de la mesilla. La madre de Enrique entra con unas copas de vino. Nos dice:

—¿Queréis lavaros?

En una habitación oscura, Andrés, Vicente, Tomás Borrás, Enrique y yo, sin hablar, sin sentarnos, sin saber qué hacer, polvorientos, sin mirarnos. La madre de Enrique entra, nos ofrece limonada. Se va. Enrique empieza a hablar. Encima de un mueble, sobre un extraño florero en forma de mano, un tapiz narra la historia de un niño vestido de marinero, al lado del mar, que mira elevarse un globo.

Es una habitación enorme. Hay una gran lámpara encendida. Nos hemos sentado en sillas alrededor de una mesa. En la mesa siguen los restos de una comida. El padre de Enrique está hablando y todos le escuchamos. Me levanto y grito algo. La puerta de casa está abierta y mi padre está sentado en los escalones que van al jardín. Fuma, tranquilo, en la tibia noche de octubre. La madre de Enrique nos ha traído café con leche. Veo las enormes espaldas y el movimiento de revolver el azúcar. Me alzo de puntillas y le grito algo a Enrique. La conversación es muy agitada. Pronuncian mi nombre varias veces. Me levanto y me voy de la habitación rozando las paredes de papel oscuro con pequeñas flores desteñidas. Los oigo hablar con fuerza y entro en el comedor. Estaban sentados alrededor de la mesa, bajo la luz de la lámpara redonda, en el mismo

orden de siempre, como si todavía hubiera que sentarse para comer, como si la persistencia del rito pudiera reemplazar lo derrumbado. Ocupé mi puesto. Mi madre dijo:

—Lávate, ¿de dónde vienes tan sucio?

Mi padre me miró. No me levanté. No contesté. Comí lo que había en mi plato.

NOTAS DE ACTUALIDAD